

La calle para el miércoles 10 de septiembre de 2008
Diario de un espectador
Rondas de la niña mala
Miguel ángel granados chapa

Elena Poniatowska comenzó a escribir hace cincuenta y tantos años y desde entonces no ha parado. Y no escribe nada más porque sí. Cuando lo hace es porque tiene mucho que decir, y lo dice de modo que atrae a sus lectores, los hace sus compañeros de aventura. Es imponente la lista de los libros que ha parido, con tanta fortuna como dio a luz a sus hijos Emmanuel, Paula y Felipe: Lilus Kikus, Hasta no verte Jesús mío, Querido Diego te abraza Quiela, De noche vienes, La Flor de Lis, Tinísima, Tlapalería, La noche de Tlatelolco, Fuerte es el silencio, Nada, nadie, Luz y luna, las lunitas; Las soldaderas, Las siete cabritas, Miguel Covarrubias.

A esa lista hay que agregar, desde abril, la Ronda de la niña mala que, según los editores, “es un libro inclasificable. Rondas, canciones infantiles, voces ingenuas venidas de lejos, ritmos de un recuerdo ligados a los ritmos de las rondas de la infancia, evocaciones que reviven en la cadencia del lenguaje.

En estas páginas conviven la frescura y la irreverencia: es un libro crudo y tierno que se complace en escandalizar y se permite el sentimentalismo la dureza. Aquí se tejen escenas de una infancia tormentosa (como la mayoría), los primeros dolores, los descubrimientos, el encuentro con el propio cuerpo, los rencores, los hermosos recuerdos, las crueldades sin reglas de la infancia, las confesiones, las indiscreciones de una niña que asiste a clases de esgrima y equitación, y sirve obediente el te, se pelea con su hermana, adora a su madre, admira a la señora que lava, descubre la sensualidad, el coqueteo y el acoso machista.

Los lectores de Elena Poniatowska reconocerán en estas rondas la voz de la gran escritora capaz de recorrer una notable variedad de registros y enfrentarse a todos con enorme fortuna. Aquí volvemos al mundo de Lilus Kikus, pero visto ahora a la distancia de los años que han transcurrido desde aquel, uno de sus primeros libros”.

A manera de ejemplo, he aquí El armario:

“En el armario, los vestidos sonrían,/ su perfume nos toma por asalto, / son las buenas noticias de su cuerpo, atuendos de calle, de coctail y de noche,/ trajes sastres cortados en paños admirables./ Adivinarla es fácil bajo cada repliegue, / ¡qué bella es Dios mío, qué belleza mi madre!.

Mi hermana yo nos los ponemos todos,/ ‘Van a romperlos, niñas, no salgan al jardín’/ Taconeamos en sus zapatos altos, /el espejo devuelve la risa a manos llenas, / ‘Mírenlas nada más, si parecen gusanos’.

‘¿Tu crees que más tarde me vea tan bonita?’./ Nos balanceamos en nuestros Balenciaga, Schiaparelli nos mira enfundada en su abrigo.

Prendemos un cigarro, ofrecemos un whisky,/ somos ya gente grande.
Magda se escandaliza.

Un vestido distinto para empezar la mañana,/ su confianza en sí misma
yace en el amarillo./ Mamá no es tan fuerte, me lo dice el atuendo/ gastado
por el tiempo: el de la guillotina,/ la lámina que cae, la puerta que se cierra/
el que nada pretende y que la envejece.

Todo lo adivino mientras crezco
a su sombra./ ‘Tu padre no hubiera muerto de estar yo aquí’, gritó al
regresar y lo tomó n sus brazos/ supe en ese instante que decía la verdad./
Ella lo habría salvado como nos salvó siempre.

Caminó ella sola y nunca se quejó. /Los vestidos colgaron ahorcados de
noche. Al levantarse le dio por contarme sus sueños,/ su internado en Suiza,
la visita anhelada,/ su madre en la estación, el ramo de narcisos/ recogido la
víspera en la alta montaña.

La felicidad en sus ojos la regresa al jardín,/ el circulo se cierra, la fuerza
de la infancia/ invade ya sus noches, hoy ¿qué voy a soñar?/ confiada se
pregunta la cabeza en la almohada.

Dios, dale muchos sueños, su espíritu es puro,/ devuélvele a su hijo, vístela
tu de luces,/ que los colores canten de nuevo en el armario”.